Federico Domenech, S. A.
LAS PROVINCIAS
DIARIO DECANO DE LA COMUNIDAD VALENCIANA

Director General
Jesús Sérvulo González Sánchez

Director
Pedro Ortiz Simarro

Subdirectores
Jesús M.ª Coello Matesanz
Pedro Briongos Velasco

Redactores Jefe: Vicente Furió Garcerá, Fernando Herrero Rubio, José Penalba Salvador, Pablo Salazar Aguado, María José Grimaldo García y Antonio Badillo Guijarro

Jefes Sección: Vicente Luis Agudo Yuste, Juan Carlos Ferriol Moya, Antonio Luque Marqueta, Rafael Marí Sancho, Juan José Monzó Ramírez, Francisco Moreno Marín, Francisco Romero Pérez, Antonio Torres Morales, Jesús Trelis Sempere y Vicente Vicente García

Delegado en Alicante: José Soto Tornero
Subdelegado: Ángel Bartolomé Sánchez

Delegado en Castellón: David Hernández Beltran
Subdelegado: Dídac Bellés Bellés

Adjunto a Presidencia: Francisco Pérez Puche

Director Financiero: Miguel Iparraguirre Ovejero
Director Recursos Humanos: Pedro Tello Láinez
Director Técnico: José María Seguí Aroca
Director Comercial: Carlos Rial Castañeda

PUBLICIDAD: LAS PROVINCIAS MULTIMEDIA

Director Gerente: Jesús García Valcarce

TRIBUNA

La reconversión de la política del agua

ENRIQUE CABRERA
Catedrático de Mecánica de Fluidos de la Universidad Politécnica de Valencia

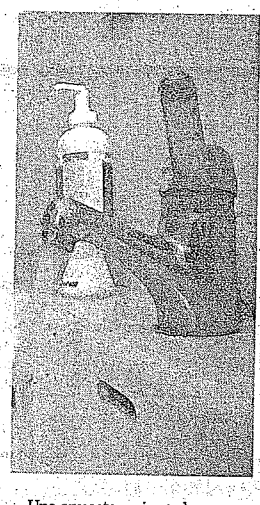
En los últimos años asistimos a dolorosos e inevitables procesos de reconversión industrial. Sin ir más lejos aún colea el del sector naval cuyos últimos estertores, amplificados por la proximidad de la factoría que en Manises tiene Izar, aún oímos. Las razones que obligan a utilizar el antipático bisturí son bien conocidas. La globalización de la economía potencia la competencia y lo que antaño era una actividad próspera deviene en empresa inviable. Y pese al comprensible trauma que toda reconversión conlleva, nadie cuestiona su necesidad. Sólo se discute cómo realizarla para minimizar los daños colaterales que apostar por el futuro conlleva.

Porque es una rara actividad alejada de la globalización que hoy abruma, no es este el caso del manejo del agua ni el de la política que lo sustancia. La enorme masa que se moviliza (en la Comunitat 3.500 millones de toneladas al año) impide toda competencia, mayormente porque después hay que depurarla y verterla. Tan imponente es que el agua del Ebro que nos tocaba no es si no su diez por ciento. Con todo no conviene olvidar que la más moderna desalinizadora o el mejor trasvase es, por sostenible y económico, el agua liberada con el ahorro, una alternativa aún por explorar. ¿Cómo si no explicar que en Alemania el consumo de agua bruta por persona y día sea la mitad del nuestro? Pero claro, como esta actividad pasa de la globalización, nadie plantea una reconversión que la convierta en competitiva y racional.

Sin fuerzas externas que lo propicien, la reconversión espera. Y se entiende. Cambiar una administración paternalista que regala obras y defiende, en régimen de barra libre, el lema de agua para todos, por otra que establezca claras reglas de juego y exija su cumplimiento, no es plato que guste. La única presión exterior, una débil brisa procedente de Bruselas (Directiva Marco del Agua) pasa desapercibida. Aunque no será ese el caso del final de los fondos europeos que han controlado la hoy desbordada contaminación. Para constatarlo nada como pasear las orillas de nuestros ríos. Pero al ser el manejo del agua monopolio de ciudades, regiones y estados no hay vector externo que contribuya a desbloquear el actual enroque.

Y así los remedios a los males que al parecer nos aquejan vienen siempre del lado de la oferta. Y con un denominador común, más obra para poder gastar más, mientras nadie, con decisión, apuesta por racionalizar el uso. Hasta el último proyecto anunciado, reutilizar 350 hm^3 en el año 2010, está en el guión de siempre, aún cuando conviene decir que, con diferencia, es la manera más sostenible de aumentar la oferta. Y si esto es así, que lo es, ¿cómo no se antepuso esta actuación al agua del Ebro? De buena tinta sé que la reutilización del agua de Pinedo, anunciada ahora a bombo y platillo, fue aparcada hace una década para que nadie pudiera cuestionar el trasvase.

Con todo, esta reflexión perdería actualidad sin la presente sequía. Sin ser la peor (es aún joven) puede llegar a ocasionar un impacto económico, social y ambiental nunca visto. Y ello porque desde la anterior el gasto ha crecido de manera imparable a costa de unos recursos hídricos hoy exhaustos. Y pese a la gravedad de la situación nadie mueve ficha. Los unos miran al cielo anhelando la lluvia y los otros hacia otro lado mientras piensan cómo rentabilizar políticamente la sequía. Y todos nos tranquilizan diciéndonos que no hay problema que, gracias a sus desvelos, todo está controlado. Ocultando la realidad una vez más se evidencia que al ciudadano, antes que educarle, se le ha mimado.



Una apuesta arriesgada porque de momento este otoño, la época más lluviosa del año, está pasando con mucha más pena que gloria. Y aun cuando de la noche a la mañana la situación puede cambiar, si las nubes siguen negando su rocío a la tierra en la campaña que se avecina los *por tu culpa* serán incontables. Lo que no impedirá que a todos, hablando de futuro, se les llene la boca. Un futuro difícil de entender cuando la política que se defiende es la que Costa, a la sazón lleno de razón, propugnó en la segunda mitad del XIX. Vigente un siglo, su ocaso se inicia en 1987, justo cuando Naciones Unidas publica su informe *Nuestro Futuro Común*. Definido el concepto de desarrollo sostenible, marca un antes y un después que, dicho sea de paso, aquí no ha llegado.

Porque el después sólo vendrá con la reconversión, una tarea, bien lo sé, compleja. Supone dejar de subsidiar el agua, una medida impopular donde las haya. Comporta apostar por la gestión olvidando la brillantez de la obra. Requiere abrir una caja de Pandora, actualizar el catálogo de concesiones y desligar los derechos históricos de la tierra, uniéndolos a la productividad y al tipo de cultivo que a la sociedad convenga. Exige medir los usos multando a quien no gaste con mesura lo que es de todos. Obliga, pisando callos, a convertir una administración atomizada y pensada para realizar obras en otra orientada a la gestión. Y, en fin, ya se ha dicho, demanda establecer reglas de juego hoy inexistentes. Donde tanto pesa la historia, la reconversión es, sin duda, tarea de titanes. Pero algo habrá que hacer porque si antes del verano no llueve el colapso será de nota. Y si los hados están por la labor y nos llueve tan sólo se aplazará una crisis inevitable porque, dicho llanamente, la situación es insostenible.

La complejidad de la reconversión impide hacerla de la noche a la mañana. Antes exige una transición, y de eso España sabe. Porque ningún otro proceso como el realizado por preclaros y generosos parlamentarios (los más firmando su haraquiri político) ha recibido tantos plácemes. Pero hay una notable diferencia entre aquella reconversión, transición de la dictadura a la democracia, y la que aquí se reclama. Una sociedad madura apoyó el proceso. Por contra la actual carece de la necesaria educación ambiental, un déficit que acrecienta el demagógico debate que nos preside.

Pero, como a los padres de nuestra democracia, ya la historia pondrá a cada cual donde le corresponde. Un lugar que cambiaría radicalmente si, ante la gravedad de la situación, todos comienzan a remar en la dirección que marca el sentido común. Mas por ello no quiero ni pensar que lleven razón quienes dicen que tal es el más raro de los sentidos. ¡Dios nos pille confesados!